



Mi Hermana Artista

por Irene Boisier

Cuando fui a ver a mi hermana Cecilia después del golpe militar no la encontré pintando, la encontré cosiendo. El género se apilaba sobre la mesa a medida que ella cosía; cortes de algodón grueso hacían una ruma en el suelo al lado de la máquina de coser. Su último óleo yacía en su atril, en un rincón de la pieza, cubierto con un lienzo. Yo conocía ya ese cuadro: "Retrato Nupcial", en el que el tío Emilio está sentado en la mesa al lado de los novios.

"¿Qué estás haciendo?" pregunté.

"Eran banderas y estandartes", me dijo, sin parar de coser. "Ibamos a usarlos en una concentración. Pero ahora que están allanando hay que deshacerse de ellos. Primero los teñí, ahora los estoy transformando en mamelucos".

Su marido ya había partido a Argentina, dejándola a cargo de la casa, los niños, los múltiples quehaceres que cumplir cuando uno tiene que partir lejos.

My Sister The Artist

by Irene Boisier

The first time I visited my sister Cecilia after the military coup, she was not painting, she was sewing. The sturdy cotton fabric piled up on the table as she sewed, and more fabric, cut up in pieces, made a heap on the floor by the sewing machine. Her latest painting lay on an easel in a corner, covered by a cloth, unfinished. I knew which painting that was: "The Wedding Portrait," the one in which our uncle Emilio is sitting at the table with the bride and bridegroom.

"What are you doing?" I asked.

"These were banners," she said. "We were going to use them in a rally. But now they are searching every house in the neighbourhood, so I must get rid of them. I had to dye them first. They will make good pants and coveralls."

Her husband had already gone away to Argentina. Cecilia was left in charge of the house, the children, the million things to work out when you move away.

"Come and join me as soon as you can," he said before leaving.

She did go and join him. She packed a friend's citroneta with her paintings, her children, her suitcases, the friend's baby, the baby's diapers, and she and the friend drove through the Cordillera de los Andes to Buenos Aires. They lived there for a year, then they moved to Germany.

From Berlin, some time later, she sent me a letter:

"I'm painting a portrait of you. But I'm afraid you will end up looking more like me. That is the problem of painting from memory . . ."

A few months later she wrote again:

"Your portrait is finished. I showed it in my first art exhibition here. It was a hit! I'm sending a catalog . . ."

The first reproduction in the catalog was "The Wedding Portrait." It was also the only one I had seen before. Her new work was about living in alien places, about lost friends, about letters sent, letters received, about far away families.

"My Sister in Santiago" was the name of one reproduction. It showed me serving dinner to my children at the table. An empty chair, the place where my husband used to sit, was the central focus of the painting. I remembered the scene: I was doing that when Cecilia came to see me after my husband was sent to a concentration camp.

"The empty chair has become a protest symbol," the caption read. "The wives of the disappeared also dance a traditional song, the cueca, but they do it without a partner, thus showing their anger and sorrow . . ."

My husband had already been released by then. We had also moved away; we were learning to be part of the ethnic community in Canada.

Cecilia's letters came every now and then:

"I broke up with my husband . . ."

"Vente lo antes posible," fue el encargo del marido al partir.

Cecilia partió luego. En la citroneta de una amiga metieron pinturas, niños, maletas, la guagua de la amiga, los pañales de la guagua; así cargadas cruzaron la Cordillera de los Andes y llegaron a Buenos Aires. Allí vivieron por un año y luego partieron a Alemania.

Algún tiempo después recibí una carta desde Berlín:

"Estoy haciendo un retrato tuyo. Eso sí que está saliendo más parecido a mí. Ese es el problema de tener que pintar de memoria . . ."

Y en un tiempo más:

Tu retrato está terminado y lo mostré en la primera exposición que hice aquí. ¡Fue todo un éxito! Va un catálogo."

La primera reproducción en el catálogo era el "Retrato Nupcial." El resto era todo trabajo nuevo: imágenes de vida en lugares lejanos, de cartas enviadas y recibidas, de familias separadas. Una de las reproducciones se llamaba "Retrato de mi hermana en Santiago". Me mostraba dando comida a mis niños en la mesa del comedor; el foco de atracción del cuadro era una silla vacía, colocada en el lugar donde solía sentarse mi marido. Recordé la escena: era lo que yo estaba haciendo un día que mi hermana vino a verme, cuando mi marido estaba preso en el Estadio Chile.

"La silla vacía se ha transformado en un símbolo de protesta" decía la leyenda bajo la reproducción, "al igual que 'la cueca sola', un baile tradicional chileno; las mujeres de los desaparecidos bailan este baile sin pareja y así expresan su ira y su congoja . . ."

Mi marido ya había sido puesto en libertad cuando llegó el catálogo. También habíamos partido; estábamos viviendo en Canadá, aprendiendo a ser parte de una comunidad étnica.

De vez en cuando llegaban más cartas de Cecilia:

"Me separé de mi marido . . ."

"Mis hijos ahora viven por su cuenta. Estoy gozando mi nueva libertad . . ."

"Conocí a un hombre . . . vamos a juntarnos y abrir un negocio, una galería de arte combinado con venta de vinos. Son nuestros respectivos negocios . . ."

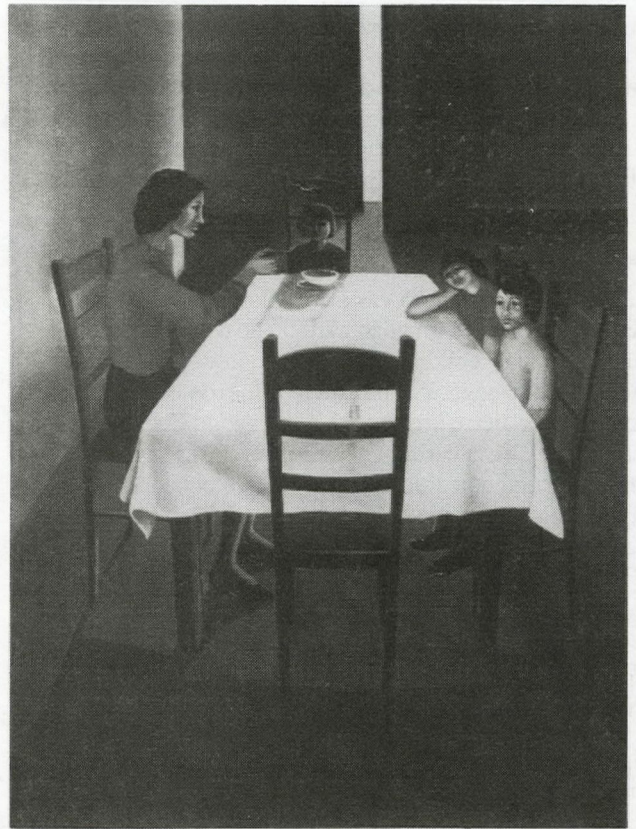
"Sigo trabajando, trabajando . . ."

Cinco años atrás fui a Berlín a visitarla. Nos sentimos un poquito tiesas al comienzo, casi como extrañas después de diez años sin vernos. Un taxi nos llevó desde el aeropuerto a través de calles y más calles flanqueadas por edificios de departamentos y locales comerciales. Paramos frente a un negocio en el cual tres damajuanas y dos gatos compartían el espacio en la vitrina.

"Esta es nuestra casa" dijo Cecilia. "Los gatos son nuestra mejor propaganda: cada vez que alguien se acerca ronronean como locos y todos quieren acariciarlos."

En el interior había una gran mesa y varias sillas. Una mitad de la mesa tenía una colección de botellas de vino, algunas llenas, otras a medio vaciar. En la otra mitad había vasos, tazas, platillos con galletas saladas. Cada botella tenía una etiqueta hecha a mano: "Orvieto Classico," "Bianco Toscano," "Vernacia di S. Gimignano."

"La gente prueba nuestro vino" dijo Cecilia "y después siguen conversando por horas; a menudo se quedan a comer. Es lindo, pero no ganamos mucho dinero!"



"My children are now living on their own. I'm enjoying my freedom . . ."

"I met a man. . . we are thinking of having our own space. It will have a wine shop and an art workshop, both our trades . . ."

"I'm working, working, working . . ."

Five years ago, I went to Berlin to see her. We felt a bit awkward at first, almost like strangers after all those years without seeing each other. A taxi drove us from the airport through streets and streets flanked by shops and apartment buildings. We stopped in front of a store in which three demijohns shared the display window space with two sleeping cats.

"This is our place," my sister said. "The cats are our best promotion feature: they purr away as people approach them and everybody wants to come and stroke them."

The room inside had a huge dining table and some chairs. The front half of the table was full of wine bottles casually arranged, some full, some almost empty. The other half had some glasses, cups, saucers with a few crackers. Each bottle had a hand written label: "Orvieto Classico," "Bianco Toscano," "Vernacia di S. Gimignano."

"People taste our wine," Cecilia said, "and then they want to stay over and chat. Very often they join us for dinner. It's great, but we don't make a lot of money!"

Rows and rows of bottles lined up on the shelves along the walls. A desk in a corner, a notice board announcing an exhibition of arpilleras and showing a few post cards with reproductions of Cecilia's work, a stove with a few logs burning inside completed the room furnishing. The rest of the house extended towards the back: kitchen, living room, bathroom, bedroom, a little backyard.

Hileras de botellas se alineaban en los estantes a lo largo de las paredes. Un escritorio en un rincón, una cartelera anunciando una exposición de arpilleras, algunas postales con reproducciones de cuadros de mi hermana, una salamandra con algunos leños ardiendo, completaban el equipamiento. El resto de la casa se extendía hacia atrás: cocina, sala de estar, baño, dormitorio, un pequeño patio posterior.

“¿Dónde está tu taller?” pregunté.

“No está aquí todavía. Arriendo un lugarcito por aquí cerca, en la otra cuadra. Allá vas a dormir”.

El taller estaba en un viejo edificio de departamentos, de forma cuadrada y con un patio central, similar al edificio donde estaba el negocio, un típico edificio de Berlín. Un gran portón de fierro crujió al abrirse cuando Cecilia dio vuelta la llave en la cerradura. Cecilia cruzó el zaguán de entrada y el patio empedrado para llegar al bloque trasero del edificio donde un tramo de escalera nos dejó en la puerta de su taller.

El taller era una gran pieza rectangular, precedido por otra pieza más pequeña. La primera pieza contenía una cocina, un lavatorio, una mesa, la máquina de coser. La sala grande estaba atiborrada de pinturas: cuadros en las cuatro paredes, cuadros apoyados en los estantes, cuadros en atriles. Sketches, tubos de pintura, trozos de papel, recortes, se apilaban en la mesa central. El olor del óleo y la trementina se mezclaba con el de la leña que pronto empezó a arder en la salamandra. Las pinturas eran, de nuevo, desconocidas para mí: mujeres caminando por calles desiertas, mujeres corriendo, espacios interiores vacíos y bañados de luz.

Cecilia me dejó recorrer las pinturas por un rato. Después me señaló uno de los cuadros en la pared: un hombre abriendo los brazos en un gesto como de empezar a correr, o quizás empezar a volar.

“Este trabajo fue muy importante para mí” dijo. “Una amiga que lo vio me preguntó, ‘¿eres tú ahí en ese cuadro? ¿Por qué te pintas con forma de hombre?’ Y ahí de repente me di cuenta de la alienación en que vivimos. Desde entonces pinto puras mujeres.”

Un diván había sido preparado para mí en un costado de la habitación. Sobre él colgaba un cuadro: una mujer de pie frente a una ventana abierta. Estaba vista desde atrás y su mano descansaba en el borde de la ventana; su actitud era apacible, dócil, casi humilde. A través de la ventana se veía el patio gris, pequeño, totalmente rodeado de muros. Las paredes no dejaban ver el cielo, pero una luz difusa, de fuente incierta, bañaba la mano y el escorzo de la mejilla y se desparramaba por los muros del patio, contrastando con la penumbra de la habitación.

“Esa soy yo” dijo mi hermana. “La ventana es ésa que vez ahí al frente. Ese es el patio que veo desde mi taller.”

Esa noche, sola en el taller, me paré frente a ese retrato por largo rato. Mirando esa figura tranquila, esa cara bañada de luz, sentí un nudo de emoción en la garganta.

“Esperanza” pensé. “Lo que está mostrando es esperanza.”

Un amigo alemán que nos visitó al día siguiente tenía otra opinión:

“Una cárcel” dijo. “Esa es la cárcel que Cecilia siente adentro. ¡Mira esas paredes, tan altas!”

“Where is your workshop?” I asked.

“It’s not here,” she said. “Not yet. I rent a space a block away. You will sleep there.”

We went to the workshop. The building, like most buildings in Berlin, was six storeys high, had a square shape and a central courtyard. An iron gate at the entrance squeaked open as Cecilia inserted the key and pushed it. She crossed the entrance hall and the paved courtyard to reach the back of the building where a flight of stairs landed us right at the door of the workshop.

The workshop was a big, rectangular room, preceded by a smaller one. The small room contained a stove, a basin, a dining table, a sewing machine. The large room was full of paintings: they covered the walls, they leaned against the shelves, they stood on easels. The table in the middle was covered with sketches, tubes of paint, pieces of canvas, clippings. A smell of oil and turpentine mixed with the smell of the logs that my sister promptly set burning in a corner stove. The paintings were, again, all new for me: women walking on deserted streets, women running, empty interior spaces bathed in light.

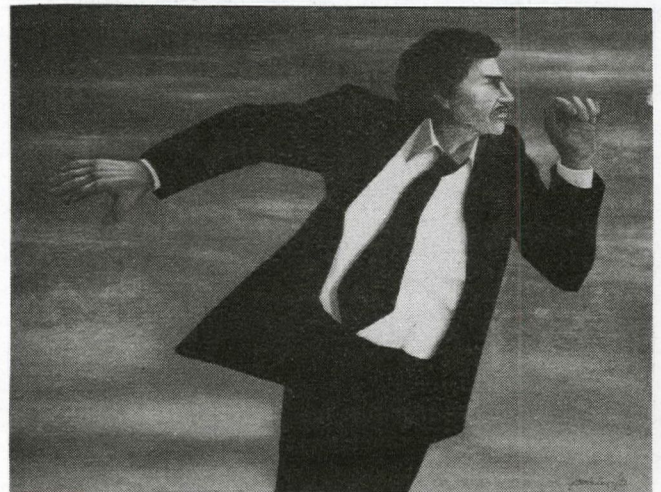
Cecilia let me go around the room for a while. She pointed at a painting hanging from the wall: a man opening his arms in a stretching out gesture, getting ready to run, or perhaps ready to fly.

“This one is very important for me,” Cecilia said. “A friend who saw it asked me, ‘this is you, right? Why do you portray yourself with the shape of a man?’ All of a sudden I became aware of this alienation we live under. From then on I paint women only.”

A couch on one side had been prepared for me. The picture on the wall over the couch showed a woman looking out an open window. She was seen from the back and her hand rested on the window; her attitude was calm, quiet, almost humble. The patio outside looked grey, small, totally enclosed by buildings that hid the sky. A diffuse light of uncertain source bathed the woman’s face and hand, contrasting with the relative darkness inside.

“That is me,” Cecilia said. “That window is the one right here. That is my view from this room.”

That night, alone in her workshop, I spent a long time in front of that picture. Looking at that tame, restful figure whose face was pale with the outside light, I suddenly felt a knot in my throat.



Cecilia no dijo nada. Mucho tiempo después, en otro lugar, una vez me habló de la luz, de esa luz que llena todo y es todo y está en todas partes . . . Habló del acto de pintar, cómo fluye desde adentro, desde un lugar tan profundo que no está ni siquiera segura de ser ella la que crea la pintura, ella sólo se deja llevar, casi a ciegas, por el flujo que guía su mano . . . Me contó que, para ella, la mejor parte de su obra es aquella que muestra todos esos espacios interiores, "ámbitos de luz" los llama porque allí muestra la luz, sólo la luz, pura, sin distracciones . . .

Pero yo no estoy de acuerdo. Yo creo que la parte más importante de su trabajo son esas mujeres corriendo, corriendo desde la luz hacia las sombras, donde la luz puede ser la civilización o puede ser la bomba atómica y la oscuridad puede ser el fin, puede ser el principio, es el futuro y las mujeres no saben pero siguen corriendo, alejándose de las luces del pasado, acercándose a las tinieblas del futuro, y así es como yo pienso que está cambiando el mundo y son las mujeres las que están adelante, sin saberlo, sólo haciéndolo, corriendo, corriendo . . .

Pero ese día en su taller no dijimos nada de eso. Después que el amigo alemán partió, Cecilia fue a la pequeña habitación, preparó café, miró la máquina de cocer que yacía sobre una mesita.

"Todavía coso" me dijo.



"Hope," I thought. "That picture is about hope."

A German friend, who came over the next day, had a different opinion.

"Jail," he said. "She is showing the jail she feels inside her. Look at those walls!"

Cecilia didn't say anything. Some other time, some other place, years later, she talked to me about light, light that is everything and everywhere; she talked about the act of painting, how the flow comes from within, from a place so deep inside that she isn't even sure it is her work at all, how she just follows her hand, almost in blindness . . . How she feels that the best part of her work is all those empty spaces, "spaces of light" she calls them, because in them she shows only the light, clear, uncluttered . . . And I told her that for me, the greatest work she has is all these women running, running from the light and towards the darkness, where the light may be the light of civilization or may be the atomic bomb, and the darkness may be the end, or may be the begin-

ning, it is the future and the women don't know, they are just running, and that is how I think our world is changing right now, away from the lights of the past, going towards the darkness of the future, and it is the women who are leading the way, without knowing it, just doing it, running, running . . .

But that day, in her workshop, we didn't say any of that. After the German friend left, Cecilia went to the little room, made some coffee, looked at the sewing machine.

"I still sew," she said.



V ENCUENTRO FEMINISTA LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

*Segunda Quincena de
Noviembre, 1990*

Información:

**Comisión
Infraestructura
Casilla de Correo 5010
Correo Central, 1000
Buenos Aires
Argentina**



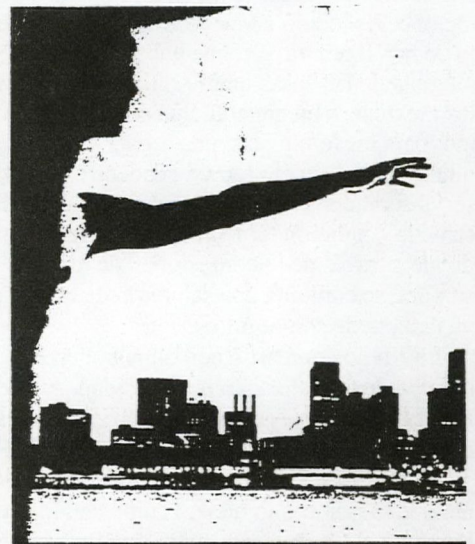
*La Selección más completa de
productos alimenticios
latinoamericanos*

- Salsas • Moles • Tortillas
- Pimentones Jalapeños
- Chiles secos • Chorizos
- Piñatas
- Toda clase de condimentos

Se habla Español

QUE PASA MEXICAN FOODS
530 West Seventeenth Avenue
Vancouver, B.C., Canada V5Z 1T4
Telephone: (604) 874-0064

QUE PASA MEXICAN FOODS
Lonsdale Quay Market
North Vancouver, B.C., Canada V7M 3K7
Telephone: (604) 986-6344



EASTSIDE DATAGRAPHICS

1460 Commercial Drive • 255-9559

Stationery • Art Supplies • Photocopies • Typesetting • Facsimile